

El secreto del bosque de las luciérnagas (y otras cosas raras que me pasaron)

Me llamo Lucas y vivo en un pueblo donde, sinceramente, no pasa casi nada interesante. Bueno, eso pensaba antes.

Mi pueblo tiene una plaza, una tienda, un bar donde siempre están los mismos señores hablando de fútbol y de un bosque. El bosque es lo único que realmente me gusta, porque es enorme y parece que siempre tiene algo nuevo que enseñar.

Mis padres siempre dicen lo mismo:

- Lucas, no te metas mucho en el bosque.

Y yo siempre digo:

- Vale. Pero en realidad no ~~me~~. Porque si hay un bosque al lado de tu casa, lo normal es explorarlo. O por lo menos eso creo yo.

Todo empezó un martes, que ya es mala suerte, porque los martes son el peor día de la semana. Ni es el lunes (que ya sabes que va a ser malo), ni el viernes (que ya sabes que va a ser bueno). Es como un día que no promete nada.

Ese martes salí del colegio con mi mochila, que pesaba más que yo, y decidí ir al bosque un rato. Solo un rato. Eso siempre lo digo.

Al principio todo era normal: árboles, hojas, pájaros... lo típico. Pero entonces vi algo raro.

Una luz.

Luego otra.

Y otra.

- Vale... o estoy soñando o acabo de descubrir algo - dije.

Eran luciérnagas. Pero no como las de los documentales. Estas brillaban muchísimo, como si fueran pilas nuevas.

- ¿Desde cuándo hay luciérnagas aquí? - me pregunté.
Porque yo he ido mil veces al bosque y nunca he visto una.

Las luciérnagas empezaron a moverse en grupo, como si estuvieran organizadas. Y no sé por qué, pero me dio la sensación de que querían que las siguiera.

- Esto es justo como en las pelis cuando el protagonista toma una mala decisión - murmure. Y efectivamente, las seguí.

Camine bastante rato, esquivando ramas, tropezando un par de veces (no lo voy a negar) y quejándome porque nadie había inventado un bosque con caminos asfaltados.

Hasta que llegué a un sitio que no había visto nunca.

Un claro enorme, con un árbol gigante en el centro. Pero gigante de verdad, no de "oh que grande" y ya. No. Este árbol parecía el jefe de todos los árboles.

- Vale... esto sí que no es normal - dije.

Las luciérnagas empezaron a girar alrededor del árbol, como si estuvieran celebrando algo. Y de repente...

El árbol brilló.

No un poquito. Mucho.

Yo me quedé quieto, pensando seriamente si salir corriendo o quedarme y ver que pasaba. Entonces escuché una voz.

- Has llegado. Mire a todos lados.

- No, no, no... esto no puede estar pasando - dije.

- Si esta pasando - respondió la voz.

- Genial, ahora también oigo voces.

- No estas loco - dijo la voz, que parecía un poco ofendida.

Mire al árbol.

- No me digas que eres tú.

- Pues sí - respondió. Me quedé en silencio unos segundos.

- Vale... estoy hablando con un árbol. Abnormal. Todo correcto.

- Te lo estás tomando ~~lo~~ mejor de lo que pensaba - dijo el árbol.

- Gracias, creo. Me acerqué un poco más con cuidado.

- ¿Por qué hablas?

- Porque alguien tenía que hacerlo - respondió - X porque tú has sabido encontrarme.

- ¿Y eso es bueno o malo?

- Depende de si te gusta tener secretos

- Me encantan los secretos - dije rápidamente.

El árbol parecía... reírse. Sí, un árbol riéndose. Mi vida cada vez era más ~~larga~~ rara.

- Este bosque no es un bosque cualquiera - explicó - Y no todos pueden verlo como tú lo estás viendo.

- Mis padres ~~no~~ me van a creer nunca - dije.

- Mejor - respondió el árbol - Este lugar tiene que seguir siendo un secreto.

- Vale, pero... ¿por qué yo?

Hubo un pequeño silencio, como si el árbol estuviera pensando.

- Porque no has dejado de hacer preguntas - dijo - Y porque aunque parezca mentira, no eres tan despiadado como pareces.

- Eh, eso último no hacía falta...

- Era importante decirlo.

A partir de ese día, empecé a ir al bosque casi todos los días. Bueno, los días que no tenía demasiados deberes... o cuando decidía ignorarlos.

El árbol me contaba cosas increíbles. Me habló de animales que solo salían de noche, de estaciones antiguas que eran diferentes de como el bosque cambiaba aunque la gente no se diera cuenta.

También me enseñó algo importante: a fijarme mejor en las cosas.

Porque yo antes iba al bosque, sí, pero veía la mitad de lo que había.

Un día incluso intenté llevar a mi amigo Marcos.

-Tienes que ver esto - le dije.

¿El que?

-Un árbol que habla.

-Lucas, te has dado un golpe o algo.

-Que, no, se verdad. Fuimos al bosque, busqué el claro... y no estaba.

-Te lo juro que estaba aquí - dije.

-Claro, claro - respondió Marcos -. Y yo soy un dragón.

-Pues no vuelvo a invitarte a nada.

Cuando volví solo al día siguiente, el claro apareció otra vez.

-No puedes traer a cualquiera - dijo el árbol.

-Ya lo he notado - respondí. Pero no todo era perfecto.

Un día vi a unos chicos mayores en el bosque. Estaban tirando basura y rompiendo ramas.

-Oye - les dije -. No hagáis eso.

Me miraron como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

¿Y tú quién eres? ¡El guarda bosques! - dijo uno.

- No... pero alguien tiene que cuidar esto.

Se rieron. Literalmente se rieron en mi cara.

- Vete a jugar, niño.

Se fueron dejando todo tirado.

Yo me quedé ahí, enfadado. Muy enfadado.

Recogí la basura yo solo, que por cierto, no es nada divertido.

Cuando fui al claro, el árbol brillaba más débil.

- Lo has visto - dijo.

- Sí.

- Por eso es importante que estés aquí.

- Pero yo solo soy un niño - respondí.

- A veces eso es suficiente - dijo el árbol.

Ese día entendí algo.

No hacía falta que todo el mundo conociera el secreto. De hecho era mejor que no lo conocieran.

Lo importante era que alguien lo protegiera.

Y ese alguien era yo.

Bueno... yo y las luciérnagas, que también ayudan bastante.

Desde entonces, sigo yendo al bosque. Sigo hablando con el árbol.
Y sigo intentando que la gente no lo estrapee todo.

Aunque a veces es difícil.

Y sí, sigo teniendo que hacer deberes, lo cual me parece bastante injusto teniendo en cuenta que tengo responsabilidades secretas en un bosque mágico.

Pero bueno.

Syongo que nadie dijo que salvar un bosque fuera fácil.

FIN

